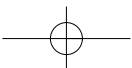
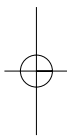
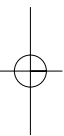


Isabelle Eberhardt
Los diarios
de una nómada apasionada

Traducción de Adolfo García Ortega

 Planeta

Primer diario



Cagliari, 1 de enero de 1900

Estoy sola,¹ sentada frente a la inmensidad gris de un mar murmurante... Estoy sola... *sola* como lo he estado siempre en todo lugar, como lo estaré siempre por el Gran Universo cautivador e ilusorio... *sola*, con todo un mundo tras de mí de esperanzas defraudadas, de ilusiones muertas y de recuerdos cada día más lejanos, tanto que se han hecho casi irreales.

Estoy sola, y sueño...

Y, a pesar de la profunda tristeza que invade mi corazón, mi ensueño no tiene nada de desolado ni de falta de esperanza. Después de estos últimos seis meses tan agitados, tan incoherentes, siento que mi corazón se temple como nunca y que de ahora en adelante será invencible, incapaz de doblegarse incluso en medio de las peores tormentas, humillaciones y duelos. Por la experiencia honda y sutil sobre la vida y sobre los corazones humanos que he adquirido (¡y al precio de qué

1. La autora escribía indistintamente en femenino y en masculino. Para facilitar la comprensión del texto, firmado por su autora con su verdadero nombre, se ha unificado toda su expresión en femenino. (*N. del T.*)

sufrimientos, Dios mío!), preveo con claridad el extraño hechizo triste que para mí tendrán los dos meses que he de pasar aquí, adonde casualmente he llegado a encallar, en gran parte debido a mi prodigiosa despreocupación de todo en el mundo, o al menos de todo lo que no sea el mundo de las ideas, de las sensaciones y de los sueños, que representa mi *yo* real y que está herméticamente cerrado a los ojos curiosos de los *demás*, sin excepción alguna.

Para la galería, luzco la máscara supuesta del cínico, del perdido y del a mí qué me importa... Nadie hasta la fecha ha sabido traspasar esa máscara y descubrir mi *verdadera* alma, este alma sensitiva y pura que vuela tan alto sobre las bajezas y los envilecimientos adonde me apetece, desdeñando los convencionalismos y, también, por una rara necesidad de sufrir, arrastrando con ella a mi ser físico...

Sí, nadie ha sabido comprender que en este pecho, al que parece que sólo mueve la sensualidad, late un corazón generoso, antaño desbordante de amor y de ternura y ahora colmado de una infinita piedad hacia todo el que sufre injustamente, hacia todos los débiles y los oprimidos... un corazón orgulloso e inflexible que se ha entregado entero por propia voluntad a una causa tan querida como es la causa islámica, por la que querría un día verter la sangre ardiente que hierve en mis venas.

Nadie ha sabido comprender estas cosas y tratarme en consecuencia, ni, ay, nadie las comprenderá nunca.

Seguiré siendo inquebrantablemente la borrachina, la depravada y la escandalosa que atiborra en verano su loca y perdida cabeza con la embriagante inmensidad del desierto, y en otoño con los olivares del Sahel tunecino.

¿Quién me devolverá las noches calladas, los perezosos paseos a caballo a través de las llanuras interminables del Oued Righ y las arenas blancas del Oued Souf? ¿Quién me devolverá la sensación a la vez triste y feliz que invadía mi corazón de total abandono en mis caóticos campamentos, entre mis amigos traídos por el azar, los spahis y los nómadas, que no sospechaban en mí una personalidad tan odiosa, y de la que reniego, con la que la suerte me ha vestido como a un adefesio para mi desgracia?

¿Quién me devolverá alguna vez las cabalgadas frenéticas por los montes y los valles del Sahel, cara al viento del otoño, cabalgadas embriagadoras que me hacían perder la noción de la realidad en una suprema borrachera?

En estos momentos, como en todos los momentos de mi vida, sólo tengo un deseo: investirme lo más rápido posible de una personalidad amable que, realmente, es la *verdadera*, y regresar allá, a África, rehacer otra vez aquella vida... Dormir, en medio del frescor y del silencio profundos, bajo la vertiginosa caída de las estrellas, con el cielo infinito por único techo y por única cama la tierra tibia..., relajarme con la dulce y triste sensación de mi absoluta soledad, y con la certeza de que, *en nin-*

gún lugar de este mundo, ningún corazón late por el mío, de que en ningún extremo de la tierra ningún ser humano me llora ni me espera. Saber todo esto, ser libre y sin trabas, plantada en el centro de la vida, en ese gran desierto en el que sin embargo siempre seré una extraña y una intrusa... Esta es, con toda su profunda *amargura*, la única dicha a la que el *Mektoub* nunca me conducirá, porque a mí la verdadera felicidad, esa en pos de la cual todos los humanos corren anhelantes, siempre se me ha negado...

¡Fuera ilusiones y pesares!

¡Qué ilusiones voy a conservar, si la blanca paloma² que fue la dulzura y la luz de mi vida está dormida allí desde hace dos años, bajo la tierra, en el tranquilo cementerio de los Creyentes de Anneba!

Si Vava³ ha vuelto al polvo originario y si de todo lo que parecía tan tenazmente duradero nada permanece ya en pie, si todo se ha derrumbado, hundido, para siempre y toda la eternidad... Si el destino me ha separado, extraña y misteriosamente, del único ser que de verdad se había acercado tanto a mi alma como para entrever si acaso un pálido reflejo suyo — Augustin...⁴

Si... ¡Basta!, dejemos dormir para siempre estos últimos sucesos.

A partir de ahora me dejaré mecer por las olas inconstantes de la vida... Me embriagaré con todas las

2. Se refiere a su madre. (*N. del T.*)

3. Su padre. (*N. del T.*)

4. Su hermanastro. (*N. del T.*)

fuentes de la ebriedad, sin afligirme, aunque se agoten inexorablemente... Adiós a las luchas y a las victorias, y a las derrotas de las que salía con mi corazón sangrando y herido... ¡Adiós a todas esas locuras de primera juventud!

He venido aquí para huir de los escombros de un eterno pasado de tres años que acaba de desplomarse, ay, en el fango y tan hondo, tan hondo... He venido aquí también por amistad hacia el hombre que el Destino puso en mi camino por azar en el preciso momento de una crisis —si Dios quiere, la última— en la que no sucumbí, pero que amenazaba con durar demasiado...

Y, cosa extraña, de lo que he experimentado hoy y que me ha causado tan confusa tristeza, resurge un cambio absoluto de sentimiento hacia él.

Mi amistad ha crecido... ¡Magnífico! Pero *en ilusión*, desde el primer día, desde la primera hora.

Otra vez me doy cuenta de que empiezo a perderme en *lo indecible*, en ese mundo de cosas que siento y que comprendo clarísimamente pero que nunca he sabido expresar.

Sin embargo, aunque mi vida no ha sido más que un entretejer dolores y tristezas, no voy a maldecir nunca lo lamentable y triste que es el universo... porque en él el Amor vive junto a la Muerte y todo es efímero y transitorio. Porque los dos me han embriagado, me han extasiado, me han regalado muchos sueños y muchas ideas.

No añoro ni deseo nada más... *Sólo espero*.

Así, nómada y sin otra patria que el Islam, sin fami-

lia ni confidentes, sola, sola para siempre en la soledad
altiva y sombríamente dulce mi alma, seguiré mi cami-
no por la vida, hasta que suene la hora del sueño eterno
de la tumba...

Y la eterna, la misteriosa, la angustiosa pregunta
aparece una vez más: ¿dónde estaré, en qué tierra, bajo
qué cielo, a esta misma hora dentro de un año?...
Lejísimos, sin duda, de esta pequeña ciudad sarda...
¿En dónde? ¿Seguiré aún entre los vivos ese día?

Cagliari, 9 de enero.

Impresiones en 1900.

Jardín Público, hacia las 5 de la tarde

Paisaje atormentado, colinas de abruptos contornos,
rojizas o grises, ciénagas oscuras, filas de pinos maríti-
mos y de chumberas, apagadas y melancólicas.
Verdoses lujuriosos, casi desconcertantes en este ecua-
dor del invierno. Lagos salados, superficies color
plomo, inmóviles y muertas, como los lagos del desier-
to argelino.

Arriba del todo, la silueta de una ciudad tras de tre-
par por la colina abarrancada y ardua... Viejas murallas,
viejo torreón almenado, formas geométricas de las
terrazas, todo de un blanco ceniciento uniforme perfi-
lándose sobre un cielo índigo.

También aquí arriba, verdor a raudales y árboles de
hojas perennes. Cuarteles parecidos a los que hay en

Argelia, largos y de una sola planta, cubiertos de tejas rojas, con paredes leprosas y decrépitas, pero con el mismo tono dorado que todo lo demás.

Muros pintados con cal rosácea o rojo sangre o azul cielo, como las casas árabes... Viejas iglesias oscuras y llenas de estatuas y mosaicos de mármol, todo un lujo en este país de miseria sórdida. Pasajes abovedados en donde los pasos resuenan secamente, despertando ecos sonoros. Callejuelas enredadas que suben y bajan, a veces con escalones labrados en la piedra gris, y, como aquí arriba no hay tráfico, los adoquines puntiagudos del pavimento se recubren de finas hierbas marchitas, de un verdor casi amarillo.

Puertas que dan paso a negros sótanos, donde se meten familias miserables pese a lo increíblemente oscuros y húmedos que son. Otras lo hacen en zaguanes techados con escaleras de azulejos.

Tiendas con escaparatitos de colores chillones, tenderetes orientales, estrechos y ahumados, de los que salen voces gangosas, cansinas...

Por aquí y por allá siempre hay un joven apoyado contra una pared hablando por señas con una muchacha que se inclina en la barandilla de su balcón...

Campesinos cubiertos con largos pañuelos que les bajan por la espalda, chaqueta negra ajada por fuera del pantalón de calicó blanco. Caras morenas y barbudas, ojos hundidos bajo unas pobladas cejas, fisonomías recelosas y hurañas, mezcla de griego montañés y de cabila en una insólita fusión de rasgos.

Las mujeres, belleza árabe, ojos enormes muy negros, lánguidos, pensativos... Expresión resignada y triste de pobres bestias temerosas.

Mendigos con soniquete plañidero, obsequiosos, asaltan al recién llegado, lo siguen, lo agobian por todas partes que vaya... Canciones infinitamente tristes o estribillos populares se convierten en una especie de obsesión angustiada, cantinelas que invitan a confundirlas con las de allá, con las de ese África al que todo, aquí, recuerda a cada paso y hace añorar intensamente.

Cagliari, 18 de enero, jueves, 5 y media de la tarde

Desde que estoy aquí, en la adormecedora calma de esta vida que el azar, o, más bien el destino, ha puesto de golpe en mi trayectoria aventurera, cosa extraña, los recuerdos de *La Villa Neuve* trastean con frecuencia en mi memoria... tanto los buenos como los malos... Digo los buenos porque no hay que ser injustos, en especial ahora que todo está acabado y muerto, metido en un mísero ataúd... No hay que olvidar que en él se ocultó para siempre la bondad y la dulzura de mamá, las buenas intenciones, nunca cumplidas, de Vava... y sobre todo, el mundo caótico de mis propios sueños. No, nada de maldecir aquella vida de antaño. ¡He conocido horas tan preciosas, a pesar de todo, a pesar de la esclavitud, de los hastíos y de las injusticias! Desde que dejé para siempre aquella casa en la que todo se apagó, en la que

todo estaba muerto antes de convertirse definitivamente en ruinas, mi vida es sólo un sueño, rápido, fulgurante, por países disparatados, bajo diferentes nombres y diferentes aspectos.

Y sé de sobra que este invierno tan tranquilo que estoy pasando aquí sólo es un paréntesis en esa existencia, que ha de ser la mía hasta el final.

Dentro de pocos días, la vida verdadera, errante e incoherente, reaparecerá. ¿Dónde? ¿Cómo? ¡Sólo Dios lo sabe! No puedo ya atreverme a hacer suposiciones ni hipótesis al respecto después de que, al poco de decidir quedarme uno o dos meses más en París, he venido a dar a Cagliari, a este rincón perdido del mundo, en el que jamás había pensado, y no menos importante que cualquier otro lugar en el que mi ojo se hubiera fijado distraídamente sobre el mapa del mundo.

Después de esto, se acabaron las suposiciones y las hipótesis.

Hay no obstante una cosa que me alegra: a medida que me voy alejando de los limbos del pasado, mi carácter se forma y se afirma justamente tal y como yo deseaba. En mí se están desarrollando la energía más obstinada, la más invencible, y la rectitud de corazón, dos cualidades que estimo por encima de todo, y, ay, demasiado raras en una mujer.

Con ellas, y cuatro meses en el desierto, muy probablemente en primavera, estoy segura de convertirme en alguien... y, por eso mismo, alcanzar tarde o temprano el fin sagrado de mi vida: ¡la venganza! Vava me reco-

mendaba siempre no olvidar la tarea que mamá nos legó, a él, a Augustin y a mí... Vava ha muerto; Augustin no ha nacido para ello y se ha perdido para siempre por los senderos trillados de la vida... Sólo quedo yo.

Afortunadamente, mi pasado, mi adolescencia, han contribuido a hacerme comprender que la felicidad reposada ni está hecha para mí, que, solitaria entre los hombres, estoy llamada a una lucha sangrienta contra ellos, que soy, si se quiere, la víctima propiciatoria de cuanta iniquidad y cuantos infortunios han precipitado la pérdida de estos tres seres: Mamá, Vladimir⁵ y Vava.

Y, ahora, he vuelto a mi misión. La amo más que a cualquier dicha egoísta, todo se lo sacrificaré a ella por muy querido que me sea. Este objetivo será para siempre el punto que me guíe a través de mi vida.

He renunciado a tener una parcela *mía* en este mundo, un *home*, un hogar, paz, fortuna. Me he vestido con la librea, bien pesada a veces, del vagabundo y del apátrida. He renunciado a la felicidad de volver a una casa, de encontrar seres queridos, de descansar y tener seguridad.

Mientras tanto, en este hogar provisional de Cagliari en que renacen dulces sensaciones, me hago la ilusión de imaginarme al ser que realmente amo, y cuya presencia se me ha convertido en una de las condiciones indispensables para mi bienestar... Pero este

5. Su hermanastro, que se suicidó en *La Villa Neuve*. (N. del T.)

sueño también será breve: habré de empezar luego duras y peligrosas peregrinaciones, estar de nuevo sola y abandonar la somnolienta quietud de la vida entre dos.

Debe ser así y así será. Al menos, en la larga noche de mi vida existirá el consuelo de saber que, en mis regresos, tal vez encuentre todavía a ese amigo, a ese ser vivo que se alegra de volver a verme, que hasta es feliz por ello... Hay algo terrible: la *separación* prolongada, aunque favorezca los reencuentros... Y puede que halle yo algún día mi sitio ocupado. Es incluso muy probable, dadas sus ideas sobre la mujer y el matrimonio. Sería muy raro que no encontrara nunca la compañera con quien compartir esas ideas tan opuestas a las mías. Pero sé que mientras siga errante y exiliado no dará con ese tipo de compañera, no le bastará saber que por ahí tiene una esposa que le ama y que temblará con él en los momentos de peligro, *desde lejos*, al abrigo y calentita.

Mientras yo esté allí, con él, en los malos momentos, y nada me lo va a impedir, no encontrará a esa otra.

Pero luego se pasará ese tiempo transitorio y le invadirá, como a Augustin y como a todo el mundo, la nostalgia del reposo y del hogar doméstico.

El día en que eso ocurra, volveré a correr por el mundo, con la triste certidumbre de hallar siempre e inexorablemente vacíos el cuarto del hotel, la *gourbi* o la tienda que sirvan de asilo temporal a mi existencia de nómada.

Gocemos del momento efímero y de la borrachera hasta que se disipe... La misma flor no se abre dos veces,

y el mismo agua tampoco baña dos veces el lecho de un mismo riachuelo.

¿Por qué no tener confianza en ese amigo? ¿Por qué juzgarlo antes de ver sus obras, y sobre todo por qué atribuirle ideas acerca del matrimonio y del reposo doméstico que no tiene?

Su vida será siempre una vida de luchas por ideales nobles, siempre será el soldado de la Santa Causa del Islam, siempre estará de pie, como una rosa en medio de las ruinas decadentes de sus compatriotas.

No, no se casará nunca. Y sin embargo, le haría tan feliz poder descansar su cabeza de exiliado en el pecho de una verdadera amiga...

Le haría tan feliz tener un corazón que latiera al unísono del suyo, tener un afecto y un alma tierna a quien confiar sus penas y alegrías. Esa amiga, ese corazón, ese alma, él cree haberlos encontrado en ti. ¿Por qué dudas entonces?

*«¿Por qué la vida humana no acabará como los otoños de África, con un cielo claro y vientos tibios, sin decrepitud ni presentimientos?» (Eugène Fromentin, *Une année dans le Sahel*).*

Cagliari, 29 de enero de 1900

El breve sueño de tranquilo recogimiento en la vieja ciudad sarda, bajo un cielo dulcemente pensativo y benévolo, en el seno de este paisaje tan africano, ha concluido.

Mañana a estas horas estaré ya muy lejos de los barrancos cagliarinos, por allí, por el mar gris que lleva días y días bramando y rompiendo las olas.

Esta noche, los ecos de Cagliari sonaban a rugido de trueno... Hoy, el mar ha tomado un aspecto siniestro; tiene reflejos vidriosos o lívidos... Todo ha terminado aquí, y mañana me iré a reiniciar la lucha sórdida, la lucha encarnecida que se prolonga desde hace ocho largos meses en una tumba cerrada, en una vida sin vida y vuelta hacia el misterio original...

Esta tarde, en el anochecer grisáceo, en nuestra querida casa desolada, devastada y entregada al desorden de los preparativos de viaje, vuelvo a sentir esa tristeza profunda que acompaña a los cambios de existencia, los sucesivos vacíos que, sin inmutarse, nos conducen al gran vacío último.

¿Cómo será esa nueva etapa de mi vida?

Abril 1900. París

Vistas, una noche, a la vaga claridad de las estrellas y de los reverberos, las siluetas blancas de las cruces del cementerio de Montparnasse perfilándose como fantasmas en el negro manto de los árboles... Pensé que toda la respiración poderosa de París tronando a la vez no llegaría a turbar ni por un instante el inefable sueño de los desconocidos que duermen allá...

*Ginebra, 27 de mayo de 1900. 9 y media de la noche.
Domingo*

Una vez más dato mi triste diario en esta ciudad maléfica en la que tanto he sufrido y que ha estado a punto de costarme la vida.

Llevo aquí apenas una semana y ya siento la opresión mórbida de antaño, sólo aspiro a quitármela de encima para siempre.

He vuelto a ver, bajo el cielo pesado y cubierto, la vivienda de la desgracia, cerrada y muda, perdida entre hierbajos, como sumida en un sueño fúnebre y moroso.

He vuelto a ver la carretera, la blanca carretera, blanca como un río de plata mate, recta como una flecha hacia el gran Jura melancólico, rodeada de árboles de terciopelo.

He vuelto a ver las dos tumbas, en el incomparable decorado de ese cementerio infiel, en tierra de exilio, tan lejos de la otra colina sagrada del eterno descanso y del silencio inmutable...

Y me siento totalmente extranjera en esta tierra que mañana dejaré para no volver nunca.

Esta noche, insondable, indecible tristeza y resignación cada vez más absoluta frente al ineluctable Destino...

¿Qué sueños, qué magias y qué ebriedades me reserva todavía el futuro?

¿Qué alegrías... aunque problemáticas, y qué dolores?

¿Cuándo sonará por fin la hora de la libertad, la hora del reposo eterno?